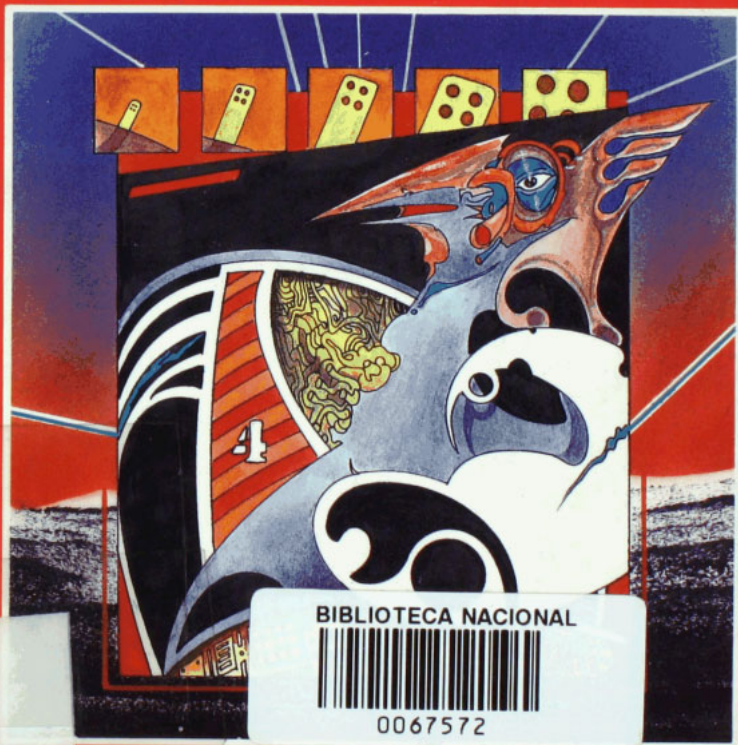


AVENTURAS DE **ZOOM** EL • A V E S E R



BIBLIOTECA NACIONAL



0067572

FIDEL SEPULVEDA

PLANETA

FIDEL SEPÚLVEDA LLANOS

Aventuras Estelares
de *Zoom*
el avaser

PLANETA

© Fidel Sepúlveda Llanos
Inscripción N° 83.047 (1992)

Derechos exclusivos de edición en Castellano
reservados para todo el mundo
© Editorial Planeta Chilena, S.A.
Olivares 1229, 4º piso, Santiago (Chile)
© Grupo Editorial Planeta

Diseño de cubierta: Punto de Quiebre
Diseño de interiores: Patricio Andrade
Ilustraciones de: Martín López Clavier
Composición de textos: Computext Ltda.

I.S.B.N. 956-247-074-1

Primera edición: julio, 1992

Impreso en Chile
por Salesianos

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la cubierta, puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna ni por ningún medio, ya sea eléctrico, químico, mecánico, óptico, de grabación o de fotocopia, sin permiso previo del editor.

Declarado material didáctico complementario de la educación chilena según Ordenanza N° 05/01128 del 9 de agosto de 1990 del Ministerio de Educación.

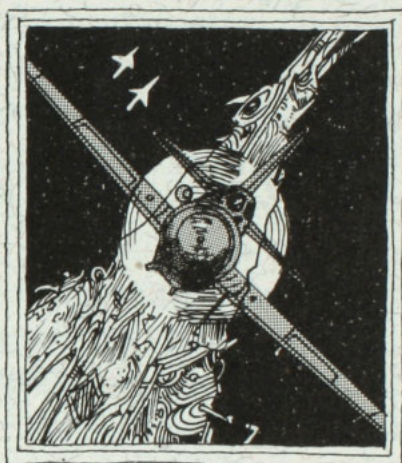
Índice

CAPÍTULO I	
Los dinosaurios mecánicos pasan	9
CAPÍTULO II	
Se abren las rutas estelares	15
CAPÍTULO III	
La travesía de las eras glaciares	21
CAPÍTULO IV	
Avellano's City, una experiencia estelar	31
CAPÍTULO V	
El involátil y la muerte	37
CAPÍTULO VI	
El cementerio de los involátiles	43
CAPÍTULO VII	
Un vilanostar por la vía láctea	47
CAPÍTULO VIII	
La vida llama desde adentro	53

CAPÍTULO IX	
Unas fauces dentadas alcanzándolo	57
CAPÍTULO X	
Triunfo de Zoom, derrota de Rat. (La conquista de los espacios expansivos)	63
CAPÍTULO XI	
Con el espíritu de las aguas	77
CAPÍTULO XII	
De libélulas, víboras y luciérnagas	85
CAPÍTULO XIII	
La batalla por el bosque que canta	93
CAPÍTULO XIV	
Y en el horizonte... la esperanza	103
CAPÍTULO XV	
Años luces después	109
CAPÍTULO XVI	
Manifiesto	111

CAPÍTULO I

Los dinosaurios mecánicos pasan



UN AMANECER ZOOM oyó el llamado de las sirenas. Él nunca sabía si auguraban o amenazaban.

Encendió sus motores, revisó sus comandos. Todo esto es instantáneo. Se dice mejor si se dice:

—Despertó con el vuelo puesto. Puesto y orientado, dirigido.

Así es que ya no tuvo punto-vuelo que perder. Era fácil perderse en un pestañeo-vuelo. Pero él estaba entrenado. Su entrenamiento databa de millones de años-kilómetros de vuelo veloz.

Todos sus antepasados iniciaban el día, los días pidiendo al Gran Volador el vuelo-pan de cada día.

—El que no vuela no come y se lo llevan las corrientes estelares—sentenciaban los dioses alados.

Eso estaba desde siempre grabado en microfilm supertransistorizado, allá en la cámara negra. Pero esta cámara negra era luminosa, automática y autónoma. No había que encenderla para consultarla. Estaba en consulta permanente.

Así es que la ruta se sabía sabía desde siempre y operaba con ciega certeza. En los archivos de la especie no había registro de errores. Así de simple, siempre. Esto le daba un vuelo láser lacerante a Zoom, el aveser.

Pero había más. Un dispositivo

modular modulaba en cada microsegundo opciones infinitas de polifuncionamiento: en vertical, radial, espiral. En zig-zag, en ras-ras, en choc-choc, en zaz, en plag. En evolución, en involución a n revoluciones por milésima de segundo, etc. y viceversa. Cuando se detenía y recordaba, Zoom se mareaba con tanto vuelo punto X de simultaneidad instantánea.

A veces pasaban a distancia unos como dinosaurios mecánicos (aviones los llamaban), lentos, de colores desvaídos. Pasaban decrepitantes, con un estruendo horroroso de piezas mal ajustadas. Era lastimoso verlos despegar después de mucho calentar unos motores como del pleistoceno.

¡Tanto que les costaba —gasolina y humo— levantarse del suelo! Levantarse para el vuelo. Tanta energía tan mal gastada. Y el aterrizaje en un como mausoleo de milodones o mamuts. Todo desmesurado y tosco. (Tosco no era el término. Una cosa

puede ser tosca y tocar algo serio del ser, del niño-ser, del micro-ser, del macro-ser, etc.).

Estos dinosaurios mecánicos, torpes de mente, torpemente voladores, eran como que no eran. Y por la ruta que seguían, no iban a llegar muy lejos. Les faltaban teleobjetivos auténticos en sus comandos. Los que tenían eran como para ser vistos. No para ver, de verdad.

Sus comandos eran injertos atorillados, encajados a presión. Ponibles y sacables, o sea, no comprometidos con el ser del dinosaurio mecánico.

El problema era eso: la mecánica. La maquillaban de cibernética, pero era mecánica igual: lenta, dependiente, sin reflejos. Todo rígido y uniforme. Como hechos en serie. Todos mal volaban con la misma carencia de cadencia, de ritmo, de giros drásticos, de elipses limpias. Un toque rápido y ¡ya! has entrado en lo tuyo. Esto era volar. Lo otro es muy distinto, de otra galaxia.

Eso fue lo que procesó ese amanecer. A-más-ene-ser, procesaba el comando modular de Zoom, el aveser. Nunca supo si se puso en vuelo, si se puso el vuelo o si el vuelo le puso a él, aveser, en trance de ser. Eso sí, esa mañana sintió que "Dios estaba azul". Y lo primero que hizo fue enjuagarse entero en la transparencia del minuto antes de la salida del sol. Luego entró a la ducha dorada del amanecer.

El calor tibio lo ajustó con su órbita orgánica. Se puso en act, en mov. Avanzó en más, se paró en pic. Ahí se mantuvo en inmóvil aparente exterior, en tensión roja interior. Tantas revoluciones por seg que no se notaba. Los comandos anotaban todo suave, como dormido. Pero no era dormir, sino todo lo contrario. Era soñar. Y así se voló. Así de simple. Como siempre.

CAPÍTULO II

Se abren las rutas estelares



ZOOM, EL AVESER, tenía el raro don de suspenderse, avanzar y retroceder en el espacio, lo cual maravillaba a sus congéneres. Así, era volando de flor en flor, bebiendo de copa en copa, los néctares biónicos.

Nadie había reparado (y Zoom tampoco) que también podía ser en el

tiempo de antes y después. Así fue hasta que cierto día sucedió lo que tenía que suceder.

Fue en invierno, cuando escárchanse y marchítanse las flores. Se marcan y demacran. Aveser había salido temprano a buscar con qué desayunar o almorzar o comer o algo así contra la muerte. No lo encontró ese día ni por la mañana, ni al mediodía, ni por el atardecer. Entonces empezó a vacilar, sintiendo el vacío. El vacío adentro y afuera. En el antes y el después.

Como aveser que era y quería ser, no tenía ruta afuera. "Se hace ruta al volar", le repetían sus alas. Él se miraba, en las aguas, avanzar, retroceder, permanecer. (Esto último era lo más difícil y la más peligrosa tentación).

Retornó al avepuerto a pasar el vacío de la noche. No era fácil atravesarlo. Amaneció en el aire. El vacío le impedía sentir que la ruta se hacía al volar. El volar se le hacía cada vez más vuelo arriba.

—Flores no había y, consecuentemente, no había ruta —fue lo que concluyó y sintió el vacío delante de sí.

Frenó, permaneció así un instante-siglo, y luego se fue instante atrás, hasta que sintió que iba siendo cada vez más chiquito, cada vez menos. A cada instante-atrás, sentía que iba cada vez avemenosiendo, hasta que, en un instante penúltimo, frenó y se detuvo en, tal vez, avispaser.

Desde aquí intentó hacer camino al volar, pero aún no encontró nada que lo condujera fuera del vacío.

—El adelante está vacío —se dijo—. No hay más futuro que el más atrás— y púsose en marcha instante atrás, hasta imprimirse una velocidad galáctica. Al borde del precipicio de la nada, detúvose en seco. No podía avanzar atrás un vuelo más. El regreso a otro instante —lo supo en éste— significaba el avenoser.

Permaneció con el retroceso suspendido a la altura del micro-ser y

empezó desde aquí a remar en el vacío, ahora infinitamente más espeso. Nadaba casi anonadado en un aire-mar-vacío. El vacío flotaba sobre el mundo.

Y de pronto —¡Oh, maravilla!— empezó a vislumbrar que se hacía su ruta; se la hacían unas minúsculas florecitas que desde avenser jamás había divisado. Vertiginoso, avanzó al manantial de los néctares originales.

Hubiera desfallecido de felicidad si la felicidad desfalleciera. Nunca supo cuánto duró esa duración (nunca se sabe cuánto duran realmente las verdaderas duraciones).

(Lo importante: sintió que era infinitamente más que el instante-siglo del retroceso y que el instante-siglo del vacío).

Aquí el instante fue pleno, planeador sin necesidad de inicial impulso. Nunca supo cuánto duró, pero supo con certeza panorámica que aquel manantial era el más rico que jamás vieron los aveseres desde su ta-

maño. (Su tamaño los inhabilitaba para ver las bellezas más bellas y para beber los néctares más vitales).

Sintió, súbitamente, que el vacío se había llenado. Que se le abrían rutas estelares. Púsose a hacer infinitas rutas al volar. Rutas miles abriéndole manantiales miles de néctares esenciales.

Nunca supo cuánto duró la felicidad. A lo mejor fue un instante tan denso que duró un millón. A lo mejor duró un millón-millón-millón. A lo mejor duró más. Tanto duró —eso lo supo, lo sabría para siempre— que perdió toda su importancia el más y el menos, con que había medido antes.

En pleno vuelo se sorprendió repitiendo:

—Esto es ser. Ni el uranio titanio enriquecido es tanto ser.

CAPÍTULO III

La travesía de las eras glaciares



PERO LOS TIEMPOS empezaron a oscurecerse. Ya no acontecía la rueda en cuatro tiempos de las estaciones. Los cuatro puntos cardinales eran tres: norte y sur y nadie sabía cuál era este o este. Hubo confusión de vuelos. Las rutas las escribía el misterio. (Fue como regresar al principio del princi-

pio, cuando el vuelo era propiedad de las nubes. Era propiedad fugaz del polvo del verano, de las hojas amarillas del otoño. Del paso rasante de la niebla. Nadie más volaba, sólo la brisa. Pero la brisa era la brisa. Nadie más era la brisa).

Sintió, entonces que el camino era inviable. Una selva de cuellos como tallos rugosos se abrían para tragar todo lo que vagaba por los aires. Fue el día más largo de la historia.

Los aveseres no estaban programados para esto. Caían como mosquitos. Por millones. Las selvas engrosaban.

—¿Qué hacer, entonces? Mayor autonomía —dijeron como en relámpago los comandos. Ocurrió durante un segundo que duró varios millones. Luego, orientaron sus cromosomas a lo mínimo, a lo máximo y a lo “en más hacia hacia”.

Lo mínimo optó por la multiplicación en abierto. Se fundieron, se confundieron con el aire.

—Mientras el aire sea, seremos— se dijeron. Y fue la familia infinita de los aerobios. Navegándolo todo. Poblándolo todo. Flotándolo todo. Invisibles. Invencibles.

Y Zoom sintió que no estaba bien del modo como estaba. Cuando se asomó a esto, un escalofrío le recorrió de ala a ala:

—¿Es que no estoy bien donde estoy? —se dijo.

—Donde estás, estás quedándote atrás —oyó que le decían.

—¿Quién habla? —miró, pero no vio a nadie.

—Tendrás que oír, si quieres ir adonde tienes que ir.

—Estoy bien en lo que estoy —replicó, buscando convencerse.

—No basta estar y bien. También hay que mirar y ver.

—Siento un poco de frío.

—Empiezan a venir tiempos distintos —fue lo último que oyó.

Entonces Zoom sintió de nuevo el llamado de sus alas. Y supo que de-

bía obedecer. Desobedecer era regresar a no ser. Quiso retroceder una vez más. Pero supo que los hechos no se repiten. Supo que la salida esta vez no era hacia atrás. Era hacia adentro para sacar el adentro hacia adelante. No en espiral a lo mínimo, como antes.

—Aveserás hacia adelante —sintió que le decían.

Ahí estuvo largos tiempos. Más que estar, vivió, creció. Laminó sus élitros. Pulió sus vértices. Afinó sus cromados. Hizo pruebas de colores. Colores fijos. Colores reflectantes. Cambiantes según la estación, el lugar, el peligro.

Se entrenó en la rapidez del cambio: de color, de olor, de rumbo, de ritmo. Ponderó las alternativas de carrocerías compactas o con chasis, para micro volantes, para macro volantes. Probó las salidas y entradas millones de millones de veces. ¿Parece mucho? Nunca es demasiado cuando se trata de la calidad de vida.

Eso lo aprendió y lo gozó durante

este aprendizaje. Se trata de un tratado escrito por los genes, corregido por los genes, editado y regalado por los genes del planeta.

Es un libro chiquito, como mini-miniatura.

Los aerobios nacen leyendo. Nacen con el libro y su lectura incorporada. Llevan la escuela puesta. Así es que no les pesa. La viven mientras juegan. La juegan mientras viven. No hay memoria de un aerobio de mal humor, con desánimo, por la escuela. Jugar es aprender y viceversa. Esa es su consigna. No la llevan pegada como una calcomanía. Va impresa en la suspensión neumática que los mantiene en la agilidad del ser. Agilidad agraz cuando niños. Agilidad agridulce cuando jóvenes. Agilidad áurea cuando adultos. Fluidez rápida. Rapidez lúcida. Todo libre-controlado-simultáneo.

Hubo, sin embargo, un grupo innumerable que optó por las dimensiones máximas.

—No más empresas insignificantes. Queremos ser grandes de una vez por todas —dijeron.

Entonces desbordaron sus arquitecturas. Sintieron que el sol les abría los espacios. Así es como avanzaron a los espacios y los espacios les avanzaron altura. Con la altura se les desmesuraron las proporciones.

Su estructura fue miles de veces más de lo que era cuando era mini-mini. Fue la época de los grandes saurios. De los que andaban y volaban. De los que mordían y picoteaban, aleteaban y daban zarpazos. Veían lento y cuando ya habían sido vistos. Zarpaban cuando ya llevaban el zarpazo de la muerte adentro. Se enteraban del peligro cuando el peligro los tenía ya entre sus fauces. El aviso andaba lento de vértebra a vértebra. Cuando llegaba a los comandos, ya la estructura, yacía ahí, inmóvil. La lentitud los desprotegió. Consumían su vida en consumir... para vivir. Los consumió la selva. Como

gruesos tallos sus cuellos. Como gruesas palas sus alas. La muerte lenta como cerrarse de ojo lento, caída de ala lenta a un cráter lento. Así como se extendieron, se extinguieron.

Pero la estirpe de Zoom no llegó ahí. Antes de ahí, en el filo mismo de ahí se detuvo.

—Un paso más —supo— era la caída sin salida de la especie. Entonces lanzó hacia atrás el lastre. El peso muerto lo dejó a la muerte. Afiló la proa. Pulió las alas. Ajustó el motor. Aerodinámico fue el modelo elegido y trabajó en su diseño por millones de años. Fábricas por millones, durante millones buscaron la línea. Por épocas sumergidas, reptantes, rasantes.

Así afinó hacia adelante sus ojos como antenas, como rayos. Estilizó su fuselaje con la lija del aire. El roce reformulaba sus escamas como plumas. Las plumas como colores. Los colores como brillo. El brillo era impulso. El impulso era estilo.

En eso estaba la gran familia. En el rescate del vuelo. De la vida con vuelo. Y así habría sido, pero llegó el frío. Sintieron que el aire se endurecía de granizos, la tierra de hielos. Eran la escarcha y el carámbano en lugar de las flores y los pámpanos.

Entonces Zoom oyó una voz que le decía:

—Es la hora de partir o abandonados seréis a las estalactitas exteriores. —Y partió la caravana. No todos. Algunos temieron. Pensaron que refugiándose en lo conocido atravesarían las estaciones congeladas. Quedaron convertidos en estatuas de piedra, descubiertas millones de años después, por expertos en tiempos oscuros.

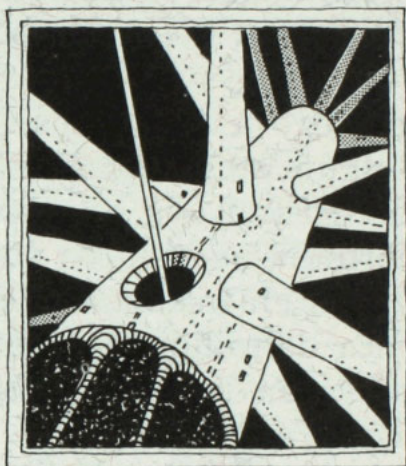
Pero ellos, unos pocos, salieron a atravesar las eras glaciares. No es que sus máquinas de volar estuvieran listas. Las fueron alistando durante el vuelo. A veces necesitaban acolchar el golpe y esponjaban el fuselaje. O aligerar el peso y alisaban los remos.

Cuando necesitaron atravesar bosques y nublados se impregnaron de aceites fluidos para que el agua les pasara de largo. En los altos ventisqueros se revistieron de filtros, de finas redes aislantes. Cuando pasaron por pantanos húmedos, por cráteres de vahos densos que adormecen, casi se quedan ahí, dormidos, suspendidos-sumergidos... Casi se quedan...

Pero salieron alas adelante. El cielo floreció con sus colores. Contaron y cantaron las edades del planeta. Poblaron los signos del zodiaco. La pata del avestruz, lee el mapuche. La gallina y los pollos, dice al mirar al cielo, cuando las estrellas son como una fuente de avellanas, que en el día se recogen y en la noche se desparra-man.

CAPÍTULO IV

Avellano's City, una experiencia estelar



AVELLANO'S CITY es una ciudad orgánica. Un solo rascacielos troncal que se abre en varios que se abren en varios que se abren en... todas las direcciones de los astros.

No es propiamente un "rascacielos". Es un lustra cielos, un apunta cielos. Cada uno de sus puntos termi-

nales es una rigurosa arquitectura. Sus ingenieros biónicos combinaron luz, color, olor, sabor y, lo más lúcido, amor.

Sus terminales son emisores-receptores del afán del universo entorno.

Zoom llegó a Avellano's City ese día. En algún punto infinitesimal su memoria registraba la estructura floral, la fórmula-néctar. No tuvo que recordar. Ahí en instantánea pantalla panorámica de millones de años, sus genes activaron la información. Ahí supo que ese era su lugar.

Avellano's City, la ciudad ilustra cielos, tiene todos los días del año aire oxigenado, luz exuberante, panavisión de todos los horizontes.

Sus servicios esenciales están garantizados desde millones de años. Una red de cañerías extraen desde las entrañas de la madre tierra el líquido vital H_2O , ya enriquecido por su familiaridad con las energías minerales.

Las vertientes subterráneas son

captadas por las redes de una potente organización capilar. Ahí el agua se siente apreciada en su dimensión esencial. Esto le da impulso, alas para vencer la ley de la gravedad y, en lugar de bajar "a la mar que es el morir", ella, el agua, se siente llamada a subir.

Asciende por la red como sabia savia y, de pronto, se halla solicitada por el sol. El sol la abraza con sus rayos y en este acto de amor avanzan al espacio como diseño de ramas, como nervaduras de hojas. Como labios de flor que se abren para entregar y recibir la vida.

La flor se siente hermosa. Siente cómo el sol la posee, cómo el aire la ciñe. Siente en sus órganos la búsqueda febril de su fecundidad.

En Avellano's City se hace una vida intensa. El despliegue de la vitalidad, su goce se hace con una dedicación exclusiva desde la primavera al verano y parte del otoño.

Avellano's City es visitada por

miles de habitantes del espacio. Vuelan invisibles distancias para ir al encuentro con la vida. La "atracción fatal" está ahí. La vida durante miles de años ha procesado la fórmula para revelarse irresistible. Sale a los espacios como aroma y vértigo. Quien sorbe este aire no tiene más salida que la de Avellano's City.

Pero también es color dorado, formas ondulares, modulares, que anillan con su magnetismo al visitante. Quien conoció una vez sus delicias, queda vacunado contra el virus de la infelicidad.

Por eso a Avellano's City siempre se vuelve. Sus visitantes pasan a la condición de habitantes. Se los conoce porque llevan las marcas de vivir en signo más.

Los habitantes de Avellano's tienen características especiales. No se arrastran por el suelo, flotan. No flotan; vuelan. No vuelan; se deslizan. Se desplazan haciendo pliz-plaz-zig-zag-zeg.

¿Habéis visto esquiar en la nieve, en el agua? Pues eso, pero en el aire. ¿Habéis visto un helicóptero? Pues así, pero avanzando, retrocediendo. Subiendo, bajando. En lateral, en elipse, en n. O sea, má á ás allá del más. En dirección hacia hacia.

Así es la volada de Avellano's City.

Un día, entonces, llega Zoom a Avellano's City. Traía muchos vuelos en sus alas. Llegaba luego de atravesar desiertos sumamente desiertos. Desiertos de árboles, de tréboles, de aguas. Desiertos de todo rastro de vida, como rostro de la muerte.

Cuando de pronto se encontró con los muros floridos de Avellano's City, dijo:

—¡No puede ser! Debo estar soñando. Otro espejismo más. (Porque durante su travesía había sido engañado por muchos espejismos. Aguas, ríos, praderas que no eran. Se veían ahí, pero estaban allá. Un allá

que se fugaba siempre a más allá, a más allá...).

Pero esto parecía que era. Se acercó. Aspiró su aroma. Tocó su piel. Recorrió su color. ¿Era verdad?

Se acercó y bebió. Sintió que bebía infinito y que en infinito se embebía.

—Esto es ser —dijo. Luego se corrigió—. Esto es ave más ser.

Y se quedó a recargar sus comandos.

CAPÍTULO V

El involátil y la muerte



PERO UN DÍA aterrizó en Avellano's City un involátil. Avanzaba adelantando alternadamente un pie y otro pie. Quería parecer erecto. Homo erectus —solía llamarse, jactancioso.

Se le habían caído las alas. Le quedaban nada más los miembros sobre los cuales, millones de años antes,

habían operado las alas. Sus extremos terminaban en cinco articulaciones prehensiles o digitales. Con estos extremos manipulaba. En su manipulación llegaba a los últimos extremos.

Ese día llegó con una herramienta artesanal llamada hacha y con una motorizaada que se dice motosierra.

Entró a Avellano's City como Pedro por su casa. Nadie de allí le prestó atención hasta que se sintió, primero el temblor, luego el estremecimiento.

Entonces algunos miraron. Otros sólo atinaron a huir. Los más quedaron paralogizados.

Ahí estaba el involátil con su hacha, rebanando las bases de los edificios satélites. Por las tuberías cortadas escurría la savia sabia. Lentamente todo empezaba a cerrar los ojos, luego de caer.

El involátil con sus brazos desalados, blandía el filo voraz y segaba troncos, tallos, circuitos complejos por

donde transitaba la vida, apenas un segundo antes.

Cuando el involátil llegó a las bases de Avellano's City, dejó caer el hacha y esgrimió la llamada motosierra. Nombre derivado de aserrar, hacer aserrín la fibra noble, regresar a polvo la madera.

Ahí, un ruido horrrroroso, de errrre en subida y bajada, en cortes secos, en re-ensañarse, en morder sin comer, sólo por matar.

Todo el complejo vital se estremeció. Sus sirenas sonaron en alarma extrema. Pero, pero nadie sabía qué hacer con la muerte tal desatada de sus cavernas en forma tal, total.

Estupor, mudez, desolación fue lo que sintió el reino.

Cayó el primer complejo troncal. Fue caída con desgarramiento. Como en cámara lenta que de pronto se precipita y se estrella en el suelo, con estruendo y quebrazón. Las ondas del aire se hicieron añicos.

Algunos volátiles embebecidos

encontraron su fin en el fin total. Los otros lo empezaron a vivir ahí como en sueños. Y cayó otro y otro y otro. Todos los lustracielos quedaron cortados y derribados. Su savia sabia desangrándose, en chorros "cada vez con menos fuerzas".

El involátil no se detuvo a mirar lo obrado. Siguió presuroso a completar la cuota asignada para ese día.

Zoom asistió a eso y no comprendió. No comprendía la muerte y sus anti-alas que rebanaban. Sintió que algo se le abatía allá en su espíritu. Se explicó algo así como:

—Por algo es desalado. Sólo se arrastra. Lo que se eleva le molesta y lo abate. Cree que abatiendo lo elevado despeja su horizonte.

Esto dijo. Supo que eso no tenía arreglo. El involátil se las había arreglado con su naturaleza para ser como era. Para eso necesitaba reacomodar la naturaleza de los otros seres. Reacomodarlos o eliminarlos. Cortaba por lo sano. O sea, todo lo

que era capaz de cortar. Con la complicidad de lo motorizado, esto era casi todo.

Zoom, el misterioso, examinó su ser y respiró, contento de ser como aveser. De no ser motor ni manejador de motor ni manejado por motor. Respiró contento de su ser natural, con movimiento interno que se ejercía como vuelo. Pensó para sí:

—Algo bello creado por la naturaleza, ha sido abatido por el hombre. Una vez más.

Si hubiera mirado hacia atrás habría visto cómo, sobre los cimientos, aún humeantes, del reino de los árboles-ciudades derribadas, ponía sus huevos una luciérnaga alucinada.

—Nos demoraremos cien años.

—Pero no nos cortarán lo por venir. Cortarán este avellano y ése y aquél. Pero no podrán cortar la especie. La especie-avellano es antes que la del involátil y será después de él. Porque el avellano nace y crece con la fidelidad a la vida. A la vida suya y

a la de todos los volátiles que vienen y vendrán, a anidar, a embeberse en la gracia. En la experiencia de ser entre el suelo y el cielo.

Así se deliberaba entre los renovables del reino de los avellanos, cortados el año anterior. La nueva generación venía limpia y animosa. La fidelidad al ser estaba más allá de todo corte. Donde se cortaba uno salían diez.

—El universo sueña y realiza sus sueños. Vuela con un super piloto automático —se oyó comentar, en ultra sonido.

CAPÍTULO VI

El cementerio de los involátiles



ENTONCES ZOOM quiso conocer la ciudad de los involátiles. Una cortina espesa obstruía su ruta. La atmósfera turbia de estridencias mareaba sus antenas. A pesar de esto llegó al "centro". Aquello era oscuro.

Los involátiles se agitaban, se atropellaban. Sus miradas eran de dos

tipos: indiferentes frente a los que pedían atención, ayuda. La otra mirada era filosa, cortante, sólo atenta a lo suyo. No había espacio para nadie. Cada uno quería para sí el todo. Atrapar al otro.

Zoom sintió que ahí no había lugar para él. Ya se iban horadando el smog que secretaban los ánimos, cuando acertó a mirar cómo unos niños cantaban y bailaban. Se cansaban.

—¿Por qué se esfuerzan si no tienen fuerzas? —preguntó.

—Si no lo hacen se mueren y se resisten a morir.

—¿No tienen padres?

—¿Serían así si tuvieran?

—¿Y a nadie le importa?

—Cada uno va a lo de cada uno.

—¿Qué es lo que necesita cada uno?

—¡Uf! Cada uno necesita todo.

Zoom había querido quedarse, pero sintió que ahí no tenía nada que hacer. Además sintió que no debía

abatirse. Así es que se sacudió el abatimiento, asimiló el pesar y despegó el vuelo a espacios más despejados.

Mientras volaba pensaba:

—Pero habrá involátiles que recuerden su pasado. Que vivan como nosotros, echándose a la vida cada amanecer. Amaneciendo a recibir el mundo, no a cercarlo. A compartirlo, no a despojarlo.

Y recordó cómo era Avellano's City, donde todo el mundo era atendido y lo de cada uno no absorbía lo del otro. Cómo atendiendo lo suyo fecundaba y multiplicaba lo de los por venir.

Sincronizó sus comandos y en despegue instantáneo se puso en órbita a otros universos.

—El tener no es todo.

Se sorprendió diciendo, como con euforia. Y se sintió contento de ser fiel al ser.

Entonces vio claro lo de los involátiles y lo suyo. Vio que lo suyo

era. Sintió ser con los suyos. Y sintió algo más. Sintió que esto que era podía alumbrar a los otros. Abrirles rutas.

Sintió que su vuelo era tan largo como el horizonte. Que el horizonte iba con él. Que muchos iban con él. Él era, jubilosamente, responsable de su vuelo-horizonte. Su vuelo era el de muchos.

De ahí salió con una luz en la frente y una decisión que no le abandonaría ya más.

CAPÍTULO VII

Un vilanostar por la vía láctea



DESPUÉS DE ESTO Zoom se lanzó al vuelo pleno. El vuelo pleno lo lanzó a ser, a vivir la plenitud. Sintió que tenía que dejarse atrás para alcanzar a ser el ser que lo esperaba allá adelante.

Lanzóse adelante, a más allá. A medida que avanzaba, el más allá se

iba más allá. Pero él sentía que iba en más allá, iba siendo en más allá. Como que cada una de sus partes respiraba otro aire, otro aire lo desplegaba.

Se sintió biónico en total. Desbordada su capacidad de soporte, de transporte de felicidad, sentía que le entraba y se le derramaba la vida. Como que se incendiaba.

Así iba cuando oyó que un involátil infantil decía:

—Mira, papá. Pasa un pájaro de fuego por el aire.

—Ya estás con tus voladas —replicó el padre.

—Era como de oro encendido.

El padre movió la cabeza, airado y resignado.

El niño pensó en un objeto volador no identificado, pero no le pareció que fuera eso sólo. De pronto se le vino y se le fue, pero se detuvo un instante en sus ojos.

Fue una imagen que le sonó a colibrí, una especie de serpiente

emplumada, volando y encendida. Picaflor en amanecer o en crepúsculo, bañándose en los oros del sol. Había dejado vibrante el aire.

El niño quedó con un aire áureo. Sus ojos como dos alas se perdían en los reinos del atardecer.

Esa noche soñó. Iba en un vilano por la vía láctea. El universo era un concierto de vilanos. Los más distantes se veían como una polvareda de astros. Los más cercanos como un trepidar de motores estelares.

Él dirigía su nave. Cada uno de sus filamentos era una antena que recogía información galáctica y emitía mortíferos rayos láser, ante la menor señal de peligro.

Él iba en la sala de comandos. Era el comandante. Su vilanostar giraba a una velocidad tan grande que no se notaba. Era imposible tomar nota. El comando no giraba. Él lo hacía girar. Pero no era necesario. El comando sabía lo que debía hacer.

Cuando giraba, avanzaba, retrocedía, ascendía, descendía, elipsaba. Él no lo notaba. Él no lo dirigía. El vilano lo dirigía a él. Pero lo dirigía hacia donde él quería. Hacia donde él no sabía.

Esa era la gracia. Él no sabía. Pero cuando llegaba ahí, sabía que eso era lo que quería. Las mil antenas del vilano procesaban la información y elegían luego de una selección instantánea, la que él quería. El vilano sabía lo que él quería. Él no lo habría sabido jamás sin la asesoría del vilano.

De pronto sintió que las antenas del vilanostar eran *sus* antenas. Y no era el vilano el del viaje estelar. Él era el vilano. El vilano era él. Ambos eran un solo pulsar, flotar, volar. Y no eran ambos. Era él, pero no solo; acompañado. Una mano lo sostenía. Una mirada lo informaba. Un oído oía su latir.

Y ahí tomó una velocidad estelar, la de los astros que se mueven a

miles de kilómetros por segundo y están ahí, como sin moverse. Como en sueño infinito.

CAPÍTULO VIII

La vida llama desde adentro



DE NADA DE ESTO se enteró Zoom. Había salido a sorber espacios. Obedecía a una voz interna. Esta voz traducía un mandato. Este mandato era que tenía que ser en ese momento lo que tenía que ser.

Así fue como se echó a volar. A estas alturas ya llevaba el avepuerto

incorporado. El sol desplegaba los pliegues del aire. Aprovechando ese despliegue se desplegó en todo el avaser. Iba gozando su sentirse ágil, aerodinámico, circulando, cortando, empalmando ala y viento, corriente y vertiente, exterior e interior, cuando ocurrió lo insólito.

Arriba, fijo, como un puñal magnético, se cernía alguien. Ahí, inmóvil de pura intensidad. De reojo, Zoom percibió sus pupilas. Eran aceradas. No olvidaría en su vida aquella tensión que endurecía el aire. Formaba una suerte de remolino, ahí donde el ente aquel, éste se cernía.

Convocó a su memoria ancestral para saber quién era el ente ese. Lo supo al instante y al mismo instante siguió la dirección de la flecha, de la mirada que se cernía arriba.

Allá abajo estaba la perdiz, esperando el amanecer de su nidalada. Desde adentro del huevo sentía que le picoteaba la vida. Tocaban para que la cáscara les abriera. Ella, la per-

diz, estaba entibiando la entrada de sus hijos a la vida. No tenía ojos ni oídos ni alas para nada que no fuera preparar la recepción.

—Allá, o sea, aquí. Contacto. Una presa. Su visor, su cámara estaba detectando. Atención. Acomodación de distancia, dirección. ¡Ahora!

Todo listo. Aire: transparencia total, calma total. Velocidad, a punto. Cuenta regresiva: 10-9-8-7-6-5-4-3-2-1-0. ¡Zas!

El cernícalo se proyectó en picada con rapidez-lucidez alucinada. La perdiz ya ahí, aquí, en sus garras.

Zoom, entonces, se lanzó. En vuelo-luz. Estalló un flash. El cernícalo se estrelló contra el suelo.

Un árbol se sacudió un aire áspero. La perdiz sintió el roce de una flecha como espada. Casi no percibió una ráfaga como colibrí, en cruce diagonal... desviando una como flecha que le apuntaba.

Luego siguió atenta a los toques que desde adentro arreciaban. En

esos momentos se sentía una madre feliz.

Ya, ahí en el nido, alguien rompía la cáscara.

Un vuelo leía o escribía en el cenit:

Ave nido
Ave por
venir
por hondas
avenidas
Ha venido
Ave nido
Ave
por venir
por hondas
avenidas
A ver
Ha venido
un
Ave nido

CAPÍTULO IX

Unas fauces dentadas alcanzándolo



EN ESTO ESTABA cuando sintió que una mirada lo procesaba. En ese momento estaba siendo grabado. Esto lo registró grave. Sintió que debía cambiar antes del antes. Y cambió.

En ese instante supo que una milésima de segundo más y habría sido avenoser. Como un relámpa-

go pasó sobre él una ráfaga rapaz.

Reformuló su programa en zigzag y el ente voraz se reprogramó en ídem. Se re-programó en ras-ras, pero supo, ahí mismo, que eso era lo que era esperado. Eso era lo que no debía hacer si quería seguir siendo.

Entonces en millonésima supo y entró al túnel y sintió que el otro quedaba "encerrado afuera". Pero supo que él estaba encerrado adentro.

Era una caverna con tejidos sinuosos como de raíces o arterias o regresos unicelulares. No sabía si avanzaba o retrocedía o sólo estaba. Unas reflectancias, no sabía si llamaban o advertían. Sólo el pulsar le certificaba su persistencia en algo como él.

Entonces se giró, se sobregiró en espiral hacia adentro. Nunca supo, pero fue ahí donde el picotazo mortal pasó de largo.

Después de eso, sintió que navegaba en un remanso que invitaba a quedarse ahí, como durmiendo, como

soñando, como estando bien. Sin la mordida del tiempo que se come la luz, que se come los días. Acá todo era media luz crepuscular, alborada tibia y un descoyuntamiento.

Un pesar-pasar de las alas a las aletas, de las plumas a las escamas. Un quedarse así, flotando. Nada nadando. Hondo ondulando. Curva curvando, cerrando, encerrando(se).

Desde las profundidades oscuras sus tentáculos adelantaba un pulpo. Las aguas como un cuero curvándose, hundiéndose en el centro y succionando las orillas, como labios que se pegan.

Era como volver a envolverse en materias que van en viaje. Colores, texturas que van buscando(se) entre sí. Sabiéndose en naufragios y abordajes. Y una especie de esponja que atrae... a quedarse, estarse, ahí, siempre.

Ahí entrevió que alguien escribía sobre la arena o en el agua algo así como

Ser o no Ser.
Cero: No Ser
Geronoser...

Era una escritura que avanzaba, retrocedía, se encendía, se apagaba. Estaba ahí aún, ¿desde cuándo?

Sintió que el sueño era como lenta tinta calamar que se acercaba a su lámpara. Anestesiaba su sístole y su diástole, que apenas ya pulsaba. Y cuando iba apagándose, apagándose, como en sueño, sintió que algo pasaba a un otro lado.

Algo quedaba. Se quedaba. Algo pasaba. Algo importante pasaba al pasar. Pasaba él. Allá quedaba el otro. Pasaba él al que le pasaba algo que iba como incorporándole otro. Ese otro era un él más.

Sentía que se oscurecía y enfriaba. El deslizarse se hizo pegajoso. Una telaraña y una araña inmensa (como el terror) estaban atrás y adelante, esperándolo. Una racha le escarchó adentro. Sintió que el firmamento

azul era un foso espeso de pegamento. Una red cerrándose, como un murciélago apañando el día.

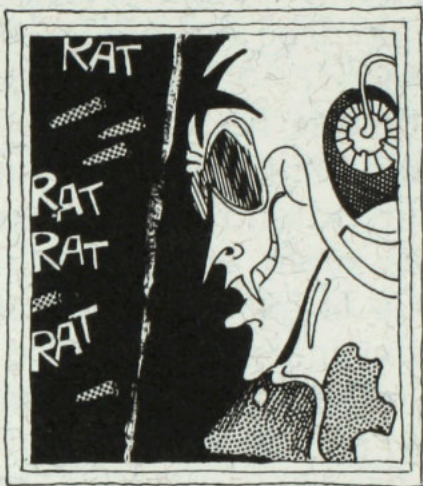
Lo rapaz múltiple lo esperaba. Lo seguía y lo esperaba. Lo esperaba habiendo computado sus previsiones. Ahí supo de la lucidez de la voracidad. De su velocidad. De sus agencias claves. De sus circuitos envolventes.

Él había roto la cadena de lo rapaz y con esto había desencadenado en su contra la rapacidad universal, que se mantenía si se mantenía cada uno de sus agentes. Romper la cadena se castigaba con la muerte. Eso no lo sabía cuando lo hizo. Ahora, sí. ¿Tarde?

Ruidos y búhos minaban el espacio y no encontraba el tiempo. El ser en punto cero era estar en un ahí que no era ya ahora, y eran unas fauces dentadas alcanzándolo.

CAPÍTULO X

Triunf de Zoom, derrot de Rat (La conquista de los espacios expansivos)



ENTONCES, AHÍ, Zoom, el aveser, lo supo.

Sintió que era una lucha de radares y láseres. Supo que no era cosa de tener rayos láser y manejarlos. Era ser como rayo láser. O sea, era ser. No valían imitaciones. Y se fue a los laboratorios celulares. Los ingenios

genéticos comenzaron a ensayar sus planes:

—Hay que corregir un desajuste entre decisión y acción. Hay un desfase de millonésimas que puede ser fatal —informaron los sincronizadores.

—Todo debe ser como el filo de la velocidad.

—Como la luz del vuelo.

—Como el vuelo de la luz.

—Entendiendo que esto es un programa súper.

—Que el súper es lo que es. Lo demás son imitaciones.

Así trabajaban. Con la moral en alza. Casi parecía farsantería. Pero no. Era una atención al llamado. Dar con el justo temple para el ensamble. En plus ultra. Aunque se sabían en peligro máximo, se dieron tiempo. Sus genes trabajaron a presión pero sin lesión. Sin stress.

—Listo —dijeron un día.

—Vamos al campo de maniobras. No a la cámara de ensayo. Al campo deportivo, a los espacios expansivos.

Se hizo luminoso un imperativo:

—Hay que borrar los radares.

—O lo que es lo mismo, pero todo lo contrario: hay que borrarse para los radares.

—Para eso hay que ser apenas un punto que vuela.

—Pero con vuelo polidireccional.

—El radar es uni. Es mono.

—Nosotros somos poli, pluri dimen-sio-na-les.

—Él aunque sea móvil es uni.

—Nosotros somos de otro nivel. De un polinivel.

—Con cambio instantáneo de nivel y dirección.

—Así es como el radar registra ahí y cuando llega... pasa de largo.

—Nosotros ya no estamos ahí. Estamos allí, allá, acá. Estamos en más (acá, allá). Estamos en otra... dimensión.

—Más del ser que del estar.

—Estamos en el ser en más.

—Ellos están en el menos del enser.

—Están en ser enseres de la muerte.

—Son monodireccionales.

Así fue como salieron el día que decidieron salir a decidir los espacios expansivos. Los ingenios genéticos alinearon a sus creaciones y les entregaron el programa:

—Una cosa es esencial. Distensión y creatividad.

—Ingenio genético.

—Y en todo y por sobre todo: luz, vuelo, brillo.

Salieron de sus avepuertos “a las cinco de la tarde. Eran las cinco en todos los relojes. Eran las cinco en punto de la tarde”.

No salieron a combatir. Salieron a ejercer su derecho al vuelo. Porque había una prohibición para el vuelo de los seres de la vida. Los espacios estaban reservados para los enseres de la muerte.

Era recién la primavera y el atardecer, rápido.

Salieron en bandadas. Alertas y

expansivos. Alegres y libres. Como en juego se ordenaron. En cuenta regresiva fueron dándole salida a la expansión. En giros cada vez más amplios, en círculos más luminosos.

Cuando caía el atardecer, el cielo se sintió asombrado por los trazos de luz con que las alas escribían sus estatutos libres. Y ahí ocurrió lo que tenía que ocurrir. De las cavernas de la selva, como hoyos negros, salieron. En orden (¿rígido?) riguroso. Volando como a saltos. Como ratas como con alas. Con alas como traposas. Adiestradas para atrapar. Emitiendo señales para detectar, para atrapar al enemigo.

—La noche es nuestra. Nadie más anda en el aire —había decretado el Vampiro Mayor.

Ahí venían negros de cólera. Sedientos de sangre.

Su reino era el espanto. Los aveseres, sin embargo, habían decidido no dejarse amedrentar por los enseres de la muerte. Así es que no se

retiraron. Tenían inscritas las depredaciones de los depredadores. No estaban dispuestos a soportar más. Además se tenían fe. Sus comandos estaban sincronizados:

—*Luz, brillo color.*

La vida de flor en flor—. Era un grito de guerra, como de fiesta de estudiantes. Los vampiros no supieron qué responder.

—*Viva el ingenio y el genio*—. Se oyó. Era el segundo grito, de liberación. El enemigo reprimió el asombro. Hubo un asomo de vacilación.

—*El día y la noche,
el suelo y el cielo*

unidos por el vuelo—. Proclamó la bandada de los alegres aveseres. Entonces los otros no soportaron más. “Como perros de presa” se lanzaron al aire. Lanzaron al aire sus radares dispuestos a borrar esa mancha. A lavar esa ofensa.

—En línea de combate —se oyó. Era una voz cavernosa. Quien había hablado era Rat, el Supremo.

Entró en combate la escuadrilla gris. Sus radares detectaron al enemigo. Se lanzaron al ataque, ciertos de liquidar. Se desconcertaron cuando no dieron en el blanco. Su regreso fue incierto.

—¿Han fallado los radares? —interrogó, inquieto, el comandante.

—Idiotas, traposos estropajos— rugió Rat.

Reordenaron sus líneas y se lanzaron tras de sus radares, en una embestida enloquecida. Y ahí, cuando ya los tenían al alcance... ¡Nada! Pasaron de largo otra vez. Rechinaron los frenos. En un esfuerzo extremo volvieron.

Rat estaba trémulo. Negro de ira. Sólo sus ojos brillaban con un silencio helado. Se recompuso la escuadrilla y a una orden del jefe, entraron al ataque estilo "Mandíbula crispada". Velocidad al rojo, o sea, máxima.

El enemigo fue detectado a baja altura. Al hacer blanco... una vez más desapareció. Pero esta vez la escua-

drilla fue a destrozarse al estrellarse entre los troncos del bosque. De aquello no quedó nada. Sólo traposos desechos.

Fue ahí cuando Rat entró a temblar. No se sabe si de ira extrema o de pavor. Pero se agitó —eso se sabe— y vociferó con estridencia:

—Avancen los escuadrones pavorosos.— Era el comando de Reserva Suprema. Entonces entraron. Al aire lo recorrió un escalofrío. Eran cortantes y pegajosos, sigilosos y cavi-
losos, cavernosos. Goteaban muerte. Sus radares se pegaban. Su mancha resistía todos los detergentes.

—A matar —deliró Rat.

Ellos ingresaron, fríos como la navaja de un cobarde. Eran del color de la noche. Podían matar por la espalda, sin ser vistos. Si eran vistos, el que los veía quedaba vacío de sí, sonámbulo de ánimo, como zombi. Los laboratorios negros habían confiado su misión a estos agentes gélidos. Ellos no se enfurecían como los

otros. Jamás los conmovió una emoción.

Entraron seguros. Sus radares puestos en sensibilidad extrema. Esta extrema sensibilidad fue fatal. Algo pasaba en el aire. En el aire pasaba todo. ¿Qué se puede hacer contra eso, o sea, contra el "todo pasando"?

El comando de Reserva Suprema cayó al foso de la depresión. Se puso caviloso. Los radares dijeron:

—¡Basta! No estamos para esto. Es más de lo que podemos soportar. No entendemos eso. Eso que detectamos es... algo espantoso.

Entonces Rat chilló:

—Salgan, cobardes. Han enloquecido a mi comando de Reserva Suprema. ¿No les da vergüenza?

—Aquí estoy. Combate conmigo —se oyó. Era una voz redonda.

Las montañas la fueron rebotando de quebrada en quebrada. Por donde pasaba se hacía la luz.

Salió entonces Rat. Era como el espantable monstruo de lo oscuro.

Sus alas eran telarañas de las que fabrican las arañas negras. Por donde pasaban dejaban pegajoso el aire. El espacio espeso. Un olor denso. (De aquí, de su cadáver, sacaron la fórmula los ingenieros de la muerte. Con eso hoy se hacen las bombas para la guerra química).

Rat era arrebatado y caviloso. Avanzó. (Mientras avanzaba, acontecía lo que ustedes ya saben y algo más: morían los árboles, los pastos, los aerobios).

En ese preciso instante apareció Zoom. Describió un círculo en el cielo como nunca se había visto ni verá y dijo:

—Es la hora de la vida.

—No estoy de acuerdo —chilló Rat.

—La vida es bella. Merece vivirse, defenderse con la vida si es preciso.

—Te trituraré, gandul —farfulló Rat, imaginando que profería el mayor de los insultos.

—Adelante —entonó Zoom. Y al

instante, como zoom que era, estuvo cerca y estuvo lejos, al instante.

En alto y en bajo, al instante. El rayo láser desenvainado, al instante.

Rat no atinaba a comprender. Hizo algo porque algo tenía que hacer. Pero no lo que se esperaba. Se sintió mal haciendo lo que hacía porque sabía que lo hacía sólo por hacer. (Se dijo que era El Supremo, que no correspondía hacer lo que hacía así como lo estaba haciendo).

Zoom, entre tanto, se puso a bailar delante de él. Era la danza del fuego, de la luz. No se veía. Era sólo una línea lúcida en el espacio. Escribía la vida en vibrante, en ágil.

Todas las luciérnagas salieron a mirar. Tenían unas ganas locas de hacer lo mismo.

Zoom bailaba. Su baile era como un canto. Lo aprendían y lo cantaban las montañas. Los árboles y los cantos de las piedras lo cantaban.

Rat se tapó los oídos. Era más de lo que podía resistir. En ese momento

juntó toda la ira y el veneno de las raíces y de los bichos venenosos y caviló si lanzárselo a Zoom o be-bérselo él. No podía ver ni oír aque-llo que veía y oía.

—Pero ¿dónde está para fulmi-narlo? —chilló.

—Aquí estoy —dijo Zoom, enci-ma de sus narices asquerosas.

Entonces Rat, recogiendo el ve-neno de sus cavilaciones, se lanzó sobre Zoom. Con sus alas como re-des, como garras, como odio de muerte. Pero Zoom entró con su rayo láser. Entró y lo tocó. ¿Cómo entró? Su espada como rayo, su rayo como luz lo tocó. Le alumbró su zona más oscura. Su zona cavilosa, cobarde.

—Cobarde —oyó Rat que le de-cían. Y con ira suprema, con odio negro reconoció que era cierto. Cuan-do reconoció esto, entró a perder. Sus radares se dedicaron a leerle, a detectarle sus cavilaciones. Su larga historia de concesiones a la muerte:

—Cruel —oyó que le decían sus zonas cavernosas.

Zoom iba a tocarlo una vez más con su láser luz, para que los aveseres conocieran la máscara del mal, el mal sin máscara. Iba a decirle:

—*Touché*. Desaparece de los espacios expansivos. Despéjalos. Pero Rat, adivinando tal vez lo que le esperaba, se deshizo en gases letales. Fue un hedor insoportable. Como los gases de la guerra química.

Cuando se despejó el aire, amanecía. Una huella oleaginosa se arrastraba hasta una cueva, como un hoyo negro. Nadie se preocupó ya de "eso".

Los aveseres se pusieron a describir con sus vuelos la liberación de los espacios expansivos. Su historia es su vuelo.

CAPÍTULO XI

Con el espíritu de las aguas



SU VUELO, el de Zoom, el modular, y el de los aveseres, se fue hacia. Hacia.

Como un ondular en el agua que pasara a ondular en la tierra y un ondular en la tierra que ahora ondulara en el aire. Un arrastrarse que pasaba a deslizarse. Un deslizarse

que pasaba a erguirse. Un erguirse que pasaba a elevarse.

Como el aire no rodeándolo sino poblándolo, habitándolo. No lanzándose a conquistar el espacio sino sintiéndose habitante de los espacios. Habitado por los espacios. Los espacios neumáticos poblando el interior de sus huesos, de sus circuitos electromagnéticos.

Desde ahí recordó sus experiencias sumergidas, flotantes en mares calmos. Reflexionó:

—Cuando los espacios están adentro y uno está adentro de los espacios. Cuando todo espacio es infinito y uno...

Iba a seguir, pero... se sacudió la reflexión para quedar con el vuelo despejado.

Se la sacudió una conversación que ocurría a la orilla de un río. Dialogaban un conejo aventurero y una mulita de agua.

—Vengo del infierno, digo del bosque. Del bosque de noche que es otro que el bosque del día.

—Tienes razón. Son dos. En el día hay árboles. En la noche, no. Hay sólo bosque con una O grande, de oscuridad bien oscura.

—Y con pájaros que ven a los conejos y se los comen.

—¡No puede ser!

—(Puede ser. Es —dijo para sí Aveser—. La rapacidad anda suelta. Y se escuda en la noche).

—Sí, casi fue. Anoche. Un búho como todo el bosque, pero más espeso. Casi me caza.

—¡Pobrecito!

(Aveser oía lo del conejo. Era oír lo suyo. Sintió aquello, lo rapaz persiguiéndolo y esperándolo. Revivió en un relámpago aquellas fauces alcanzándolo. Estaba hipnotizado por el diálogo. Este era un espejo retrovisor. Por él veía una zona de su pasado, no tan lejano. Uno nunca sabe cuán pasado es algo. De repente no es. Es presente apenas en espera.)

—Y entonces corrí. Sentía el picotazo aquí. Cuando ya lo sentía en-

terrarse, apareció un tronco hueco y me zambullí. Y el hueco era una cueva y la cueva salía aquí.

—Tienes suerte, conejito.

—Sí, pero pasé una noche horrible. En la cueva había unas serpientes inmensas como todo este río.

(Las serpientes como ríos. Los ríos como serpientes. Se ven desde el vuelo. Brillando metálicas, tendidas al sol. Sin avanzar, avanzando. Lo que decía el conejo reflejaba cosas. Cosas recordadas. ¿O presentidas? Esta serpiente le recordaba a Zoom algo que le iba a suceder muy pronto. Así lo sintió, ahí, en un reflejo.)

—¿Cómo?

—Pero no me vieron. A lo mejor no eran tan grandes. A lo mejor no eran.

—¿Y por qué andabas en el bosque a esas horas?

—Bueno. Me mandó mi mamá.

—¿Tu mamá te mandó de noche al bosque?

—Mi mamá me mandó... que no fuera al bosque.

—Mmh...

—Y así estuve hasta que amaneció. Entonces divisé las aguas de este río. Y dije. Esta es mi salvación.

—¿Y sabes nadar?

—¿Qué es eso?

—Flotar sobre las aguas.

—No, eso no sé. Por eso me alegré tanto de verte. Me pareció ver el espíritu de las aguas, ahí, aquí, a la orillita del río.

—Oh —dijo, regocijada, la esquiadora acuática.

—¿Tú andas así sobre las aguas?

—Me deslizo —corrigió ella.

—Y no eres un pez.

—No. No soy un pez. Soy... ¿Qué soy? —se preguntó, de pronto.

—No eres de agua. ¿Tampoco eres de tierra?

—No. No sé moverme entre los negocios de la tierra. Son ásperos, lentos, complicados.

—No eres de agua. No eres de tierra. Ah, ya sé lo que eres. Eres lo que me gustaría ser a mí y que lo

consigo sólo a ratitos, digo, a saltitos.

—A ver, a ver. ¿Qué soy?

(¿Qué soy? —se dijo. El diálogo lo había puesto en el medio, entre el conejo y la mulita. Entre la tierra y el agua. Por el agua se remontaba a un más atrás. Flotando sobre las aguas o entre las aguas. ¿Entre las aguas del aire? No le pesaba al aire. El aire no le pesaba.)

—Eres de aire. Andas como que vuelas. El agua no te siente. No le pesas al agua.

—Bueno, es que soy un poquito fina —dijo ella, casi sonrojándose.

—Ay, mulita de las aguas y del aire. ¡Qué lindo ha sido encontrarte! Es como de otro mundo.

—Este es el otro lado. Es el de las cosas ocurriendo de otro modo.

—Ay, mulita de las aguas. ¿Y tú podrías ayudarme a volver a mi casa?

—Encantada. Será un placer —respondió, gentil.

—¡Para mí será la vida! —exclamó el conejo, a quien la nostalgia le

estaba mordiendo como un diente largo, que le roía, le roía el alma.

Y sin saber cómo, poniéndose en manos del espíritu de las aguas, sin saber cómo se halló en otro punto, en las cercanías de su casita. A orillas de un río que no había visto nunca, a pesar de la cercanía. A causa de la cercanía.

(—Así es —dijo Aveser—. Los árboles no dejan ver el bosque. Las aguas no dejan ver el río. A veces la cercanía es lejanía y viceversa. Y se sacudió la reflexión para seguir con el oído limpio. El oído y el vuelo.)

—Conejín, ¿dónde estabas? ¡Qué susto me has dado! ¡Cómo se te ocurre! No se te ocurra otra vez —dijo la madre.

—He visto cosas —fue lo único que dijo el Conejín.

Esa frase produjo cosas. En los ojos del pequeño conejo algo se deslizaba. Se deslizaban horizontes y dentro del horizonte se deslizaban cosas. Los ojos se deslizaban, lo deslizaban. La tierra casi, casi no lo sentía.

CAPÍTULO XII

De libélulas, víboras y luciérnagas



AHÍ ESTABA, traspuesto aún, escuchando y viendo como en pantalla panorámica y en zoom, tocando cerca lo de lejos, cuando pasó una libélula, resbalando a distancia,

sobre los remansos del río,
bajo los remansos del río;
cuando sale la libélula

sale de a dos;
la de arriba y la de abajo,
la del aire y la del agua
en un espejo
que por arriba mira para abajo,
que por abajo mira para arriba.
¿Qué mira la libélula,
qué sigue, qué persigue
la libélula vaga de una vaga ilusión?
La libélula trémula,
aeroplano cromático,
transparencia luciente,
tras la luz anda,
tras el fulgor fugaz,
tras el temblor del sol,
luego de zambullirse en los remansos,
sacudiéndose, sacudiéndose el agua.

Ahí se quedó como nunca se
había quedado. Cegado por la luz.
No escuchó la llegada del atarde-
cer. De pronto la noche lo sacó de
su raptó. Debía volver a su reino.
Pero al pasar por el bosque oscuro
sintió el crujido del búho, el crujido
de su cuello al girar(se) en 180
grados, y el graznido de la lechuza,

como una chijetada en diagonal, y díjose:

—Hasta aquí has llegado. Con las sombras has chocado, Zoom, avesser. Aveserás cuando amanezca. Con el amanecer llega el ave más ene ser. Porque...—. Pero se sacudió los “porqués” para dejar limpio el vuelo.

Insinuante, la hipnotizadora decía a un pajarito nuevo:

—Ven. Te mostraré el jardín de las delicias. Todas las delicias juntas conocerás.

—Me da miedo —respondía el volátil.

—¿Qué te puede dar miedo? ¿Te da miedo la felicidad? Eres una simpatía. ¡Ven!

—Siento como algo oscuro, abriéndose ahí... aquí.

—¡Quédate ahí! No te muevas. Tú te mereces la felicidad.

—Si te mueves, se va.

—Quisiera irme. Quisiera volar.

—Así. Así. Ahí. Sin moverte. Lo perderías todo. No te puedes mover.

—¿Ves que no te puedes mover?
Yo te ayudaré.

—Será un placer...

Los anillos se distendían. Un metal frío acechaba en sus pupilas. Sus placas metálicas emitían un sonido funcional. Ya avanzaba su lengua bífida hacia el pajarito, inmóvil de pavor.

En ese preciso instante, Zoom desenvainó su láser y lo interpuso entre la víbora y su víctima. La víbora vaciló un segundo. Luego se abalanzó con un chasquido y anilló el rayo. Al punto, como un chicotazo, se distendió. Los anillos metálicos se encendieron al rojo. Su malla de escamas quedó ahí, calcinada, cuan larga y sinuosa era. El espíritu de la víbora, como un bólido, fue a sepultarse en su cubil.

No se explicaba. Primera vez que algo como la luz se interponía, interfería en su ciencia de la seducción. No se explicaba...

Ahí, después de esto, Zoom sintió

el magnetismo de la luz. Fue casi un zarpazo.

Primero le extrañó. Después sabría que las mariposas nocturnas sentían parecida atracción. En otra era los líquenes y los tréboles y los árboles habían sentido el tironeo ése al que no pueden resistir. Ese tironeo los saca de sí hacia arriba. La verdad es que no los saca de sí, los llena de sí; mejor, les llena el sí. Cuando ellos dan el sí, el paso adelante, son colmados de sí, de crecimiento total.

Cuando supo esto quedó asombrado de su ser-en-el-mundo, siendo como era él y el mundo. Se explicó que él era así porque el mundo era así.

Pero el ser así no era así no más. Era un ser así que salía, avanzaba, absorbía:

—Dejarse atrás para encontrarse adelante —se sorprendió recordando esto. Así era ser así.

Así es como ese día lo dedicó en exclusiva a ser así. Así lo encontró el

crepúsculo. Este le salió al encuentro
anunciándose por un chisperío de
luciérnagas, por un raudal de ecos y
reflejos:

En el atardecer, no;
en el crepúsculo
se escuchó la luciérnaga,
encendió sus impulsos
y se lanzó a volar.

A volar, no; a vagar.

A vagar, no. A asombrarse. A
[ensimismarse.

La luciérnaga se alucina a sí misma.
Y en su alucinación se vuela.
Se vuela sola.

No se echa a volar.

El volar la echa a vagar.

El vagar la echa a alumbrar.

Al alumbrarse se pone en más allá
del crepúsculo.

Más allá del crepúsculo se encuentra
[la noche.

La luciérnaga se echa más allá del
[crepúsculo,

más allá de la noche
y se pierde de vista

hasta que se encuentra con su luz
cuando llega el crepúsculo
y lo atraviesa
y llega la noche
y la atraviesa
y se pierde
hasta que llega otra vez el crepúsculo
y lo atraviesa
al crepúsculo
la luciérnaga.

CAPÍTULO XIII

La batalla por el bosque que canta



SE VEÍA LENTA pero no torpe, sino todo lo contrario. Pero tampoco era lenta. Avanzaba en algo como una mina, pero era un laboratorio. Sus departamentos capilares trabajaban las 24 horas. La jornada se llamaba: todo-el-tiempo. No había días ni años. Sólo una sola noche. Pero no

era monótono. Daba la gran oportunidad de dedicar todo el tiempo a una operación má-gi-ca: poner en vertical a la energía.

—Tengo hambre. Mejor dicho, el hambre me tiene casi paralizados mis cien pies. Te comeré.

—No puedes cortar de raíz la fotosíntesis —dijo la raíz.

—¿Qué?

—La fotosíntesis. Para este proceso trabajan mis laboratorios. Aquí procesamos Ferrum, Calcium, Fósforo, etc.

—¿Qué es eso?

—Es fierro, calcio, fósforo. Pero nosotros los científicos y técnicos lo decimos en latín o en griego.

—Ah, en complicado. Yo tengo hambre. Y se me desmayan mis cien pies. Voy a resolver mi problema de raíz.

—No puedes hacerlo. Cortarías de raíz el proceso. Impedirías que mi compleja técnica diera sus frutos.

—¿Frutos dijiste? Y eso ¿se come? A mí me está comiendo el hambre.

—Sí. Eso se come. Con eso no te fallarán más tus cien pies. Los frutos tienen incorporados el fierro y el calcio que necesitan tus extremidades inferiores.

—¿Y me vas a decir que eso depende de ti? ¡Qué aquí —como dices tú— se procesa eso!

—Sí. Ferrum, Calcium y Fósforo para que los frutos de allá sean energéticos.

—¡No puede ser! ¿Aquí, en este sótano... húmedo?

—Oscuro, dices tú. Pero yo tengo luz. Produzco luz. El color de allá lo alimento yo desde acá.

—¡Muy complicado!

—Mis cámaras leen la oscuridad, revelan los secretos de la noche, liberan fuerzas ocultas. Le devuelvo las formas a la energía. La pongo de pie.

—Pero dime la verdad. ¿Se comen?

—Sí, son dulces y energéticos.

—Y a mí ¿me harán bien?

—Te harán muy bien. Tienen fósforo. Te elevarán el CI.

—Y ¿por dónde está el ascensor?

—Por aquí. Sigue el tallo. Tallo arriba, llegarás. La señal es mucha luz.

—Sí. Creo que voy. Me alimentaré de colores, de olores... Mis cien pies se mueven ya. Adiós. Gracias, amiga. Se volvieron locos. Dicen que saben el camino hacia los frutos de las fotosíntesis.

Adiós. Vuelvo a mi proceso.

—Mis pies dicen "fotosíntesis". Suena como esdrújula en mis cien anillos musicales. Soy brillante. Tengo un CI de cien anillos brillantes. También brillan mis pies. Ellos saben dónde están las energías. Yo sé. Tú sabes. Nosotros sabemos dónde está "eso". Yo conjugo con jugos minerales. Nosotros conjugamos el saber. Vivir es conjugar el verbo jugar con el verbo buscar.

Parece que
llegando estoy
donde el calor
donde la luz

donde el color
donde el sabor
a miel

llegando
estoy.

La raíz siguió contenta revelando energías y formas. Pero de pronto las bases para revelar empezaron a enturbiarse. La H_2O ya no era H_2O . Era "arsénico y humo", y cianuro. Era —después se sabría— humor envenenado de relaves. La savia sabia se negó a colaborar con la muerte. Donde ésta se impuso pasó, pasó calcinando las redes de los tejidos capilares. Era la antiagua. Algunos ante la sed bebían. La antiagua les desmenuzaba las entrañas y las antenas.

La raíz empezó a sentir que iba siendo devorada. Era la antiagua. Una oscuridad ácida la mordía. Caía a la noche. La noche era un foso, sin fondo. Enrareciéndose, fugándose sus

partículas, sentía la raíz. Cayendo sin fin. Sin encontrarse. Dando tumbos, en la sombra. Sintiendo el tacto pegajoso de la nada. De vacío en vacío. En el vacío, el vértigo, esperando.

Zoom sintió el llamado de alerta de sus cromosomas. Afinó el oído y algo hondo suyo sintió la dentellada.

Entonces, junto con oír, miró. Una huella como herida abierta de fotosintetizadores secos marcaba el rostro del paisaje. Zoom sintió que aquella herida le hería el vuelo. Quiso establecer línea directa entre él y la raíz del bosque. Pero la raíz no era. Ya no era. Él sintió el no ser en su raíz de aveser. La oscuridad ácida lo estremeció. Entonces díjose:

—La muerte de la parte es la muerte del todo. Lo de los fotosintetizadores es lo de los aveseres. Todos una vez fuimos mínimos. El nido fue nuestra segunda cáscara. Las hojas, las ramas: el jardín de nuestra casa. Cuando empezamos a volar, las hojas

también nuevas, los cogollos aleteaban con nosotros.

—Qué bueno —había dicho el fotosintetizador—. Contigo iremos a conocer otros países. Eres de nuestra casa, pero aventurero. Nuestra familia, inmóvil, contigo sale a gozar de otros aires.

Eso escuchó Zoom. Lo tenía presente cuando convocó:

—La contienda es desigual, pero el reino será de los que lo aman. Glorificados serán los aveseres que luchen por la vida. Los que sientan de verdad, que me sigan.

Entonces como por encanto se presentaron los invisibles invencibles aerobios, los volátiles innumerables y durante una sesión relámpago que duró lo que tenía que durar, acordaron la estrategia. Nadie supo lo que acordaron.

Pero al amanecer, cuando el ave-ser es ave más ene ser, se movilizaron las huestes desde sus estructuras neumáticas. En una tensa sincronía sus

líneas aerodinámicas avanzaron a las fuentes del río de la muerte. Se evidenciaba una consigna: mantenerse lejos de los humores letales de la antiagua.

Con la tensa sincronía antes descrita entraron a la lucha. Los aerobios entraron por oídos, boca y narices de los involátiles y en tal forma que en una millonésima éstos se declararon enloquecidos. En menos de lo que dura el contarlo dejaron abandonadas las muelas mecánicas que trituraban para la fábrica de la muerte. Cuando hicieron esto, los innumerables volátiles oscurecieron el cielo con sus alas, rasgaron el velo del aire con sus sonidos.

—El mundo se acaba —gritaban los involátiles. Los caminos se negaban a llevar a otra parte sus artefactos mecánicos. Los volátiles los habían borrado del mapa. Los ingenieros jefes quisieron huir en sus máquinas voladoras. Pero el aire había borrado sus rutas. Los volátiles

innumerables tenían ocupadas todas las canchas de despegue, aterrizaje y las cartas de navegación aeronáutica.

Entonces los involátiles dijeron:

—Nos refugiaremos en nuestras casas. ¡Rápido!

Pero ya era tarde. Los volátiles innumerables habían destrozado las ventanas y cada casa era entrada y salida de un vuelo que borraba los rasgos de las casas. Los borraba en una tensa sincronía. Del campamento no quedaba nada con rasgos involátiles.

De pronto todo entró a organizarse como en un juego de música, danza y canto y las casas eran como escenografías, como fantásticas pajareras espaciales donde aerobios y volátiles innumerables representaban una historia desde los estratos sumergidos a los reptantes, rasantes y suspendidos que se veía, se leía, se oía sin poder desprenderse de su suspenso. La tensa sincronía sonaba como una abismante sinfonía.

De aquella fuente de la muerte nunca más se supo.

La vida volvió con el agua al reino de los fotosintetizadores.

Cuando Zoom pasaba por aquellas rutas las células en proceso de fotosíntesis lo saludaban. Se oía el concierto de la música del agua y de los bosques.

—Aunque parezca raro, este bosque canta —decía alguien que creía que entendía de ecología.

CAPÍTULO XIV

*Y en el horizonte...
la esperanza*



PERO AÚN le faltaban cosas importantes que aprender. Que aprender estando ahí, donde pasan las cosas importantes.

Así es como estuvo ahí cuarenta días y cuarenta noches. Apozado en aguas apozadas. Flotando entre bultos flotantes. Con las alas escamadas.

Sin poder despegar. Si no hubiera salido el sol, nunca hubiera despegado(se) de allí.

Cuando se despejó, después de cincuenta eras, se despejó la pista y pudo despegar. Despegó y en despegado. Todo solo despegado. Desolado le hubiera parecido, pero ahí estaba un árbol y en él se paró.

Respiró el espíritu de las aguas y vio que el cielo bajaba a beber en las aguas. Bajaba en un extremo y en el otro del universo. Bajaban a beber y a encenderse todos los colores. Bajaban ahí donde él estaba y lo investían todos los colores.

Entonces él subió por el pie del arco iris y cuando estaba en el cenit sintió que el amanecer era. Que el arco iris alumbraba. Que el amanecer, el cenit y el arco iris iban con él. Que sin él el mundo sería de otra manera.

A partir de este momento despegó definitivamente. Todo lo que le pasara estaba destinado a pasar. Eso supo. Supo que no estaba solo. En

alguna parte siempre estaba instalándose un arco iris. Bajando a beber. Subiendo a desplegar los colores, los ánimos del mundo.

Así es que salió contento. Como recién nacido. Con la vida y el mundo por delante. Así iba cuando acertó a pasar por unos pedregales donde le pareció escuchar unos como lamentos.

—Sálvanos, que aquí nos tienen como piedras y no somos piedras sino príncipes —decían unas voces.

Le costó oír las voces exteriores. Iba lleno de sus voces interiores. Pero al oír, se detuvo.

En efecto, había sólo unos desolados pedregales.

—Qué raro —dijo.

—Mucho peor que eso. Es terrible. Estamos así sin saber por qué. Hace muchos años.

—¿Y qué más?

—Hemos ido llegando de a poco. Somos príncipes.

—Estamos como piedras. Parecemos, pero no somos piedras.

—Una piedra. Nunca es lo que parece. Nunca es sólo piedra.

—Eso es. Nosotros no somos lo que parecemos.

—Y cuando erais príncipes, ¿erais lo que parecíais? —Un príncipe nunca es sólo príncipe.

—Es verdad. Hay un antes, pero ¿habrá un después?

—La vida en más es la que está por venir.

—¿Hay porvenir para nosotros, entonces?

—Y mayor que lo vivido antes. Antes, ¿sentísteis el pesar de la piedra, la que endurece el corazón, por ejemplo? La que aplasta una ilusión, cuando un príncipe rechaza a un mendigo, por ejemplo. El peso como montaña que cae sobre el que pide atención y no se le da, pide esperanza y se le niega, por ejemplo. La desilusión aplasta con el pesar de la piedra.

—No habíamos pensado en eso. No lo habíamos pesado. No sentimos eso mientras éramos príncipes.

—Ahora, ¿qué sentís?

—Sentimos el pesar de la piedra. El estar sin cambiar. Ahí no más.

—Así están muchos súbditos de los reinos que esperan a sus príncipes. Ahí, los palacios son de piedra. El corazón de los gobernantes, ¿de qué es?

—No sabemos. Nosotros sólo llegamos a príncipes.

—Bueno —dijo Zoom—. Dejemos a la piedra su pesar, mientras sea piedra, que no lo será siempre. —Y ascendió y descendió, en rigurosa línea vertical. Luego, en horizontal, marcó el norte y el sur, el oriente y el poniente. En seguida, desde el suelo levantó el vuelo en arco iris y lo selló en el otro extremo.

Cuando esto ocurrió, brotó una vertiente como un surtidor que fue llegando a cada una de las piedras. Era cosa de maravilla. Apenas tocada, la piedra recordaba su antes y se levantaba un príncipe. Luminoso y humilde.

Uno tras otro fueron partiendo para los distintos puntos donde el porvenir les esperaba. La esperanza esperaba.

CAPÍTULO XV

Años luces después



TIEMPO LARGO Y ALTO después. Especímenes llevados por el afán de búsqueda, llegaron a los pies de una enorme cordillera.

Habían divisado una luz. La siguieron más allá de las rutas conocidas. Al llegar a la frontera del más allá se encontraron en un espacio

como ave puerto, con una montaña
de control de horizontes, de siete es-
calones. Al pie de ella se podía leer la
siguiente inscripción:

VUELO

Helo aquí

Have ni do

Ave ni das

De

Ave ni dos

y

Ave i das

Bien

Ve ni dos

Son

Los

Vue los

Bue nos

Son

Y

Se rán

A ve se rán

CAPÍTULO XVI

Manifiesto

Y entonces Zoom dijo:
No digo: Cógito, ergo sum (pienso, luego existo).
Sino que siento, vuelo.
Porque siento, vuelo.
Porque vuelo, siento.
Soy en alta distensión láser
lacerante.



Noticia del autor

Fidel Sepúlveda Llanos (nacido en Cobquecura en 1936) es profesor titular en el Instituto de Estética de la Universidad Católica de Chile y en la Universidad Metropolitana de Ciencias de la Educación.

Es autor de numerosos ensayos y trabajos de crítica, y ha publicado, entre otros libros, *Teoría de América en la novela actual* (Madrid, 1980, Premio ICI a la mejor tesis Hispanoamericana del año), *A lo humano y a lo divino*, poemas (Santiago, 1990, Premio Academia Chilena de la Lengua), y diversos otros tomos de poesía y de cuentos para niños.

De
AVENTURAS ESTELARES
DE ZOOM, EL AVESER
—*fábula ecológica*—
de
FIDEL SEPÚLVEDA LLANOS
se han impreso
2.000 ejemplares en



fabricado por la
Cía. Manufacturera de
Papeles y Cartones. •
Santiago, Chile

El universo de lo maravilloso parece que ahora está de este lado del espejo de Alicia. Así lo sugiere el progreso tecnológico y su despliegue de prodigios. Sólo que, como contrapartida a esta ventaja, el otro lado nos reserva la amarga sorpresa de un mundo amenazándose a sí mismo.

Bienvenidos, por eso, los **aveseres** "que luchan por la vida", y Zoom, entre ellos, que detuvo su evolución en el momento en que se extinguía el último de los dinosaurios, para perpetuarse como una suerte de cronopio ecológico en pugna con "los involátiles", los depredadores, los hombres que labran aceleradamente su propia y próxima destrucción.

De todo esto nos habla, con la voz de la mejor poesía, este relato cuya fantasía nos invita a "esperar la esperanza" y a no renunciar al paraíso perdido.

